



## PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS Á LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS EN COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.  
SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLI.

MADRID, 6 DE JUNIO DE 1882.

NUM. 21.

### SUMARIO.

1 á 3. Trajes de amazona.—4. Otro traje de amazona.—5. Pantalón para amazona.—6. Cesto para papeles.—7. Mesita de labor.—8. Caja de viaje para cuellos de hombre.—9 y 10. Espejo de tocador.—11. Toalla de baño.—12 y 13. Traje de lana de cuadritos.—14 y 15. Capa de baño.—16. Gorra de baño.—17. Otra gorra de baño.—18. Traje de baño para niños.—19. Toalla-peinador.—20. Traje de baño para señoras.—21. Vestido para niños de 2 á 3 años.—22 y 23. Vestido de batista lisa y de cuadritos.—24 y 25. Vestido de raso de algodón.—26 y 27. Delantal para niñas de 3 á 4 años.—28. Vestido para niñas de 2 á 3 años.—29. Manteleta hecha con un manton de encaje.—30. Manteleta de gasa negra brochada.—31. Vestido para niñas de 4 á 6 años.—32. Vestido para niños de 4 á 6 años.—33 y 34. Vestido de faya color lila y lanilla morada.—35 y 36. Vestido de viaje, de lanilla gris polvo.—37 y 38. Traje de muselina de lana azul húsar.

Explicación de los grabados.—En viaje, por D.<sup>a</sup> María de S.—Creencias y supersticiones: Los Cometas, por don Juan Cervera Bachiller.—Dos Angeles, historia vulgar (continuación), por D. Eusebio A. Escobar.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicación del figurín iluminado.—Pequeña gaceta parisiense.—Suelos.—Soluciones.—Advertencia.—Geroglífico.

#### Trajes de amazona. — Núms. 1 á 3.

Los dibujos 1 á 3 representan el traje clásico de montar. El dibujo 3 representa un corpiño modernizado, que servirá para paseos matinales ó para el campo. Las faldas son iguales; se llevan un poco cortas y muy ajustadas. Algunas señoras añaden al vestido de montar un *pardessus* corto, para llevar libre el corpiño en caso de lluvia.

#### Otro traje de amazona. — Núm. 4.

Véase la explicación en el verso de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

#### Pantalón para amazona. — Núm. 5.

Para la explicación y patrones, véase el número VIII, figuras 40 á 42 de la *Hoja-Suplemento*.

#### Cesto para papeles. — Núm. 6.

Este cesto, de forma nueva, es de caña, y va cubierto en los cuatro costados de felpa granate y adornado con un ramo bordado al pasado, plano. Se puede hacer una florecilla de color de rosa claro, otra azul pálido, y las hojas verdes de varios matices. Las borlas son del mismo color del bordado, y los pompones son de color de madera.

#### Mesita de labor. — Núm. 7.

Esta mesa de labor, que forma al mismo tiempo una canastilla, va forrada por la parte interior de raso color de oro antiguo, con fondo de felpa encarnada, adornado de un ramo de tapicería reuplicada. Los pabellones y las bolsas son de felpa encarnada, con aplicaciones de raso oro antiguo. Borlas del mismo color. Pié de bambú.

#### Caja de viaje para cuellos de hombre. — Núm. 8.

La fig. 28 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro número XIX corresponde á este objeto.

La caja, que es redonda, tiene 16 centímetros de diámetro, y se divide en dos, como indica el dibujo. La parte exterior, cubierta de tafete color de aceituna, va guarnecida de una especie de cerradura de acero. La parte de encima de la caja va bordada. Para ejecutar este bordado se pasan al tafete los contornos de la fig. 28, y se pespuntean estos contornos, á intervalos iguales, con una aguja gruesa, para facilitar la labor. Se cubre después el fondo con torzal de seda del mismo



1 á 3. — Trajes de amazona.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

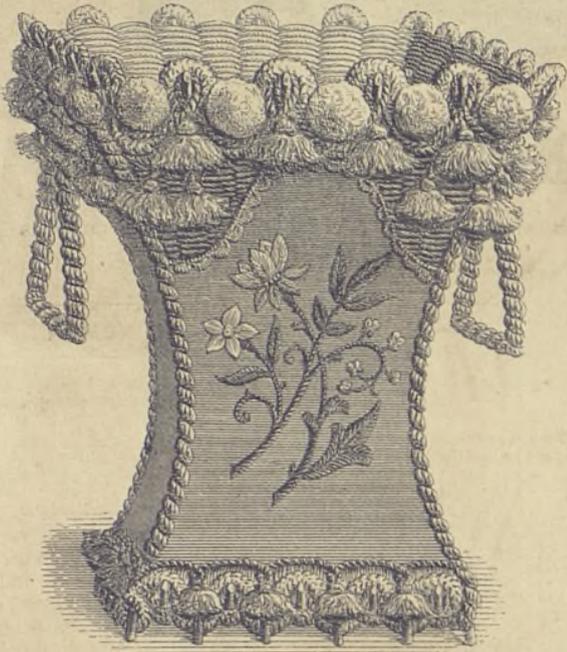
Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador

color, y se bordan los contornos al punto atras, con seda igual.

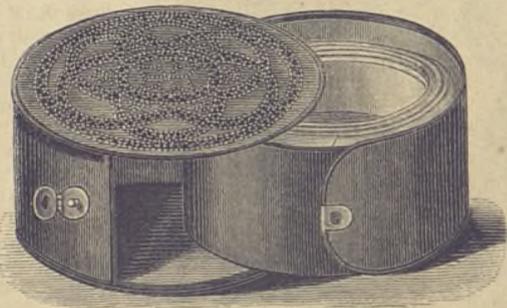
**Espejo de tocador. — Núms. 9 y 10.**

La fig. 52 de la *Hoja-Suplemento* á nuestro núm. XIX corresponde á este objeto.

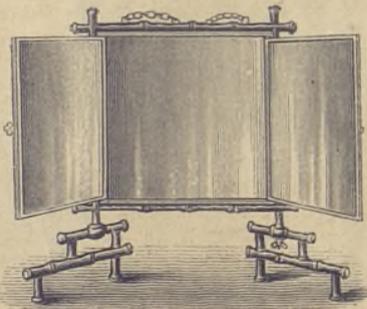
Este espejo, de tres caras, que los dibujos 9 y 10 representan el uno abierto y el otro cerrado, es de suma utilidad en viaje. Los piés, movibles, son de imitacion de bambú negro y dorado. Una cadeneta de bronce, fijada en el borde superior del marco, sirve para colgar el espejo, dos de cuyos lados van cubiertos, por la parte exterior, de felpa azul pavo real. La felpa que cubre la parte superior va de antemano adornada de un bordado, para el cual se pasan sobre la tela los contornos de la fig. 52. Se ejecuta el bordado, al punto de cadeneta, con seda color de rosa, amarilla, marron



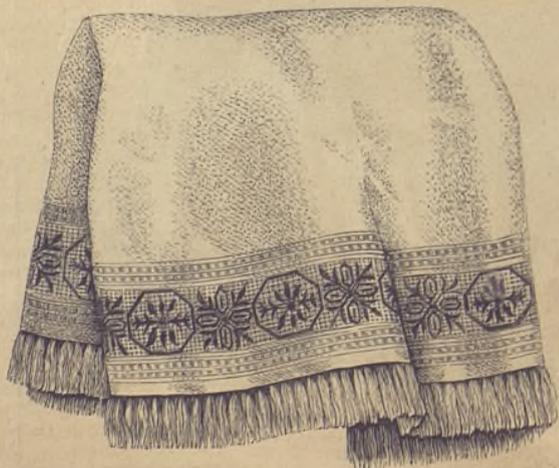
6.—Cesto para papeles.



8.—Caja de viaje para cuellos de hombre.



9.—Espejo de tocador. Abierto. (Véase el dibujo 10.)



11.—Toalla de baño. (Explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.)



1.—Traje de amazona. (Véase el dibujo 5.) (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

y aceituna de varios matices. Todos los contornos del bordado van adornados de puntos de cadeneta hechos con hilo de oro.

**Toalla de baño. — Núm. 11.**

Véase la explicacion en el verso de la *Hoja-Suplemento* al presente numero.



12.—Traje de lana de cuadritos. Delantero. (Véase el dibujo 13.) (Explic. y pat., núm. X, figs. 44 y 45 de la Hoja-Suplemento al presente número.)

**Traje de lana de cuadritos. — Núms. 12 y 13.**

Para la explicacion y patrones, véase el núm. X, figs. 44 y 45 de la *Hoja-Suplemento*.

**Capa de baño. — Núms. 14 y 15.**

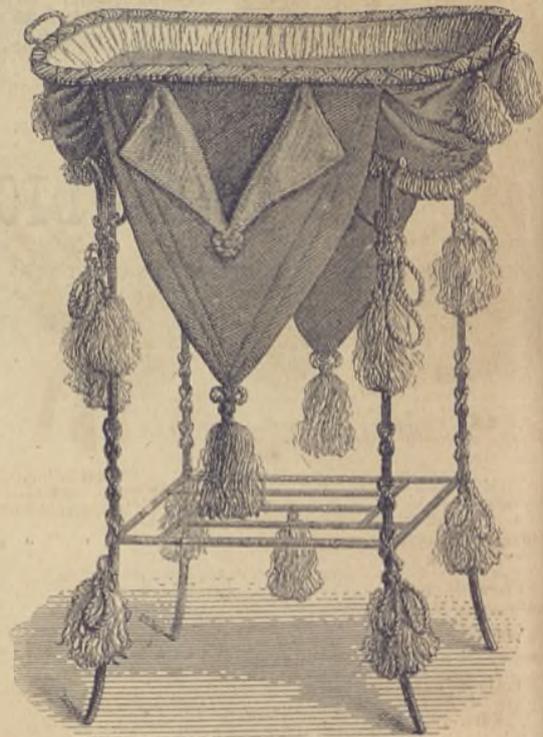
Véase la explicacion en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

**Dos gorras de baño. — Núms. 16 y 17.**

Para la explicacion y patrones del dibujo 16, véase el número V, figs. 26 y 27 de la *Hoja-Suplemento*, y para la explicacion del dibujo 17, véase el verso de la *Hoja-Suplemento*.

**Traje de baño para niños. — Núm. 18.**

Véase la explicacion en el verso de la *Hoja-Suplemento*.



7.—Mesa de labor.



10.—Espejo de tocador. Cerrado. (Véase el dibujo 9.)



5.—Pantalon para amazona. (Explic. y pat., núm. VIII, figs. 40 á 42 de la Hoja-Suplemento.)



11.—Capa de baño. Delantero.  
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

Vestido para niñas de 4 á 6 años.  
Núm. 31.

Para la explicacion, véase el recto de la Hoja-Suplemento.

Vestido para niños de 4 á 6 años.  
Núm. 32.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. VII, figuras 29 á 39 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de faya color lila y lanilla morada.—Núms. 33 y 34.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. II, figuras 6 á 11 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de viaje, de lanilla gris polvo.  
Núms. 35 y 36.

Para la explicacion y patrones,



13.—Traje de lana de cuadritos. Espalda.  
(Véase el dibujo 12.)  
(Explic. y pat., núm. X, figs. 44 y 45 de la Hoja-Suplemento.)

véase el núm. III, figuras 12 á 23 de la Hoja-Suplemento.

Traje de muselina de lana azul hásar.  
Núms. 37 y 38.

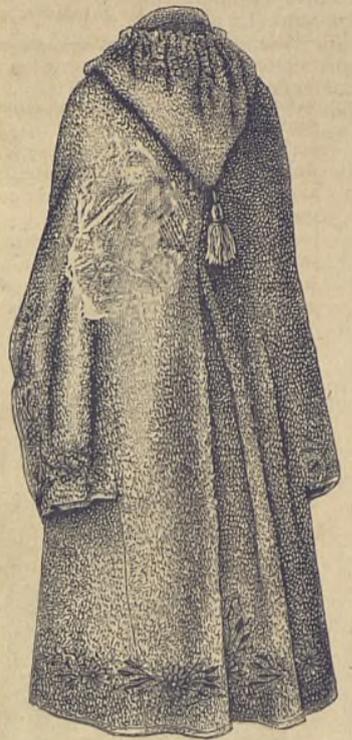
Para la explicacion, véase el recto de la Hoja-Suplemento.

EN VIAJE.

¿Cuándo es la marcha?

Tal es la pregunta que dentro de pocas semanas se dirigirán unas á otras las familias conocidas.

El amor á las excursiones, ya á las aguas minerales, ya á las playas del Océano, ha invadido, de algunos años á esta parte, todas las



15.—Capa de baño. Espalda.  
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



16.—Gorra de baño.  
(Explic. y pat., núm. V, figs. 26 y 27 de la Hoja-Suplemento.)



17.—Gorra de baño.  
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

Toalla-peinador.  
Núm. 19.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

Traje de baño para señoras.  
Núm. 20.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. I, figuras 1<sup>ab</sup> á 5 de la Hoja-Suplemento.

Vestido para niños de 2 á 3 años.  
Núm. 21.

Véase la explicacion en el verso de la Hoja-Suplemento.

Vestido de batista lisa y de cuadritos.  
Núms. 22 y 23.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

Vestido de raso de algodón.  
Núms. 24 y 25.

Véase la explicacion en el recto de la Hoja-Suplemento.

Delantal para niñas de 3 á 4 años.  
Núms. 26 y 27.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. XII, figuras 48 y 49 de la Hoja-Suplemento.

Vestido para niñas de 2 á 3 años.  
Núm. 28.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. XI, figuras 46 y 47 de la Hoja-Suplemento.

Manteleta hecha con un manto de encaje.  
Núm. 29.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IV, figuras 24 y 25 de la Hoja-Suplemento.

Manteleta de gasa negra brochada.  
Núm. 30.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IX, fig. 43 de la Hoja-Suplemento.



18.—Traje de baño para niños.  
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

19.—Toalla-peinador.  
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

20.—Traje de baño para señoras.  
(Explic. y pat., núm. I, figs. 1<sup>ab</sup> á 5 de la Hoja-Suplemento.)

21.—Vestido para niños de 2 á 3 años.  
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

clases de la sociedad. Ricos y pobres, grandes y pequeños, todos quieren gozar, en la medida de sus recursos, de los placeres del campo ó de las costas marítimas.

Los unos dejan sus hoteles ó sus magníficos cuartos para ir á visitar los ventisqueros de la Suiza, los palacios y las maravillas artísticas de Italia, ó los grandiosos paisajes de los Pirineos: de allí, estos favoritos de la fortuna se van á descansar de sus fatigas, curándose de una enfermedad, las más veces imaginaria, en Vichy, Aix-les-Bains, Spa, etc. Otros, más modestos, se contentan con ir, desde principios de Junio, á tomar posesion de una blanca casita, confortable y cómoda, situada en fértil y pintoresco valle, donde gozan á sus anchas del dulce placer de no hacer nada.

Vienen en seguida los que trabajan; esos á quienes una labor forzosa y cotidiana esclaviza todo el resto del año, y cuyo sueño ardentemente acariciado es alquilar—ya que no poseer—en la temporada de verano, una casita á orillas del mar. Hay quien se contenta con una, modestísima, en Chinchon-les-Bains, como dice el festivo cronista de un popular periódico de Madrid.

Es sabido que, generalmente, la indispensable temporada de baños es un pretext-

to para exhibir un lujo de *toilettes*, más exorbitantes las unas que las otras. La partida de una señora elegante para Biarritz, Trouville, Dieppe y demas estaciones de moda, suele asemejarse a una mudanza: tantas maletas y baules-mundos se necesitan para contener el voluminoso conjunto de cosas de que una dama no puede prescindir, para hacer *buen papel*, vistiéndose tres ó cuatro veces al día.

Si se agrega á la inevitable fatiga de tanto cambio de traje, la que ocasionan los bailes en el Casino, las excursiones á caballo,



22 y 23.—Vestido de batista lisa y de cuadros. Espalda y delantero. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



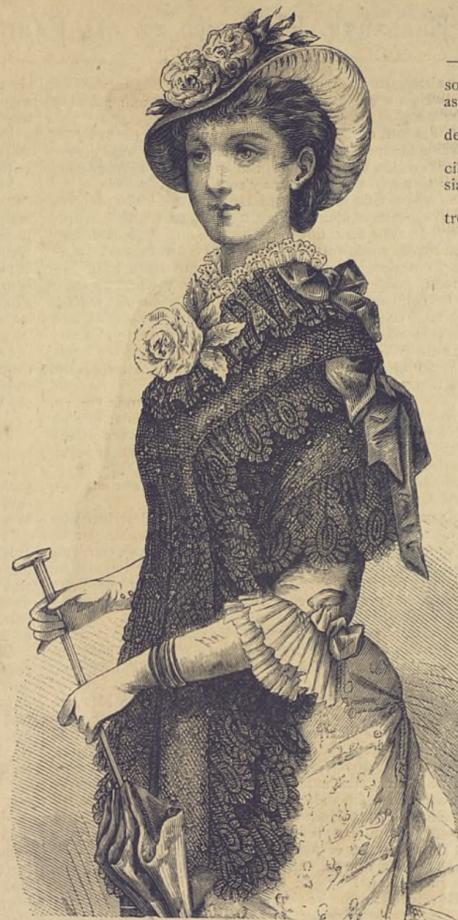
29.—Manteleta hecha con un manto de encaje. (Explic. y pat., núm. IV, figs. 24 y 25 de la Hoja-Suplemento.)



26.—Delantal para niñas de 3 á 4 años. Delantero. (Explic. y pat., núm. XII, figs. 48 y 49 de la Hoja-Suplemento.)

28.—Vestido para niñas de 2 á 3 años. (Explic. y pat., núm. XII, figs. 48 y 49 de la Hoja-Suplemento.)

27.—Delantal para niñas de 3 á 4 años. Espalda. (Explic. y pat., núm. XII, figs. 48 y 49 de la Hoja-Suplemento.)



30.—Manteleta de gasa negra brochada. (Explic. y pat., núm. IX, fig. 43 de la Hoja-Suplemento.)



24 y 25.—Vestido de raso de algodón. Delantero y espalda. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



35 y 36.—Vestido de viaje, de lanilla gris polvo. Delantero y espalda. (Explic. y pat., núm. III, figs. 12 á 23 de la Hoja-Suplemento.)

en carruaje ó á pié, se comprenderá fácilmente la frecuencia con que algunas señoras vuelven de los baños de mar, ó de las aguas, más pálidas, más lánguidas que antes de haber ido.

La permanencia en las estaciones balnearias extranjeras consagradas por la moda tiene tambien otros inconvenientes. Por ejemplo, hay que estar forzosamente en contacto diario é inevitable con una muchedumbre de gentes desconocidas, cuyo origen y cuyo pasado se ignora, y que, por consecuencia de esta existencia en comun, se convierten en amigos íntimos.

Las relaciones se estrechan pronto cuando cada día trae consigo una nueva ocasion de distraerse. Se presenta una excursion un poco arriesgada; se han compartido los mismos percances, se han cambiado pequeños servicios, ha habido trueque de amabilidades y complacencias; en fin, las gentes se adoran al cabo de ocho días, y á las dos semanas suelen hablar de no separarse nunca, y hacen mil proyectos para el invierno próximo.



31.—Vestido para niñas de 4 á 6 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



33 y 34.—Vestido de faja colorada y lanilla morada. Delantero y espalda. (Explic. y pat., núm. II, figs. 6 á 11 de la Hoja-Suplemento.)



32.—Vestido para niñas de 4 á 6 años. (Explic. y pat., núm. VII, figs. 29 á 39 de la Hoja-Suplemento.)



37 y 38.—Traje de muselina de lana azul húsar. Delantero y espalda. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

sociedad habitual de tal ó cual casino, cualquiera que sea su buen aspecto.

Pero dejemos á un lado este asunto, que nos aparta del objeto de estos ligeros apuntes.

Hay algo más aburrido que una mujer nerviosa, egoísta, irascible, para quien siempre el sol es demasiado vivo, el aire demasiado fuerte, la comida siempre mala, y los hoteles inhabitables?

A fin de alejar de las viajeras esos percances, inherentes á nuestro sexo, y que se manifiestan en más de una circunstancia, opino

que les conviene acostumbrar sus cuerpos á la fatiga (en una cierta medida), áun cuando no sea más que para comunicar á su organismo, delicado y nervioso, el vigor que prestan los ejercicios corporales, como la gimnasia, la natacion, y la equitacion, á ser posible.

La gimnasia y la natacion están al alcance de todas las bolsas y en relacion con todas las posiciones sociales. En pocas poblaciones importantes falta un buen gimnasio, y no es difícil instalarlo en casa: un par de *bilboquets*; una cuerda con nudos y un trapecio son más que suficientes para lograr el objeto propuesto, que es vigorizar la salud, desarrollando las fuerzas por medio de un ejercicio cotidiano.

En cuanto á la natacion, claro es que no puede ejercitarse sino en los puertos marítimos ó donde haya un río. Ningun ejercicio es más favorable á la salud, ni más útil. ¿Quién tiene la seguridad de no correr jamas un peligro sobre el agua?

Pero el ejercicio físico más agradable, el que apasiona á mayor número de personas, es la equitacion.

Pocas sensaciones tan halagadoras como la del sentimiento de dominación á que se sujeta á un animal tan vigoroso, el cual, si no estuviera sometido á la potencia moral del sér humano, podría, con uno solo de sus movimientos, destrozar á su jinete.

Imponernos á un caballo enérgico y robusto; hacerle ejecutar con precision y rapidez toda clase de maniobras por medio de la presion de los talones, de una simple tension de la brida, ó del roce de la fusta, presenta un atractivo que únicamente pueden apreciar las personas que practican seriamente la equitacion.

Este arte es muy útil á la mujer, porque desenvuelve su gracia, le hace adquirir valor y sangre fria, y le presta un gran servicio en las ocasiones en que el caballo es el único medio posible de locomocion.

Conviene hacer constar que la equitacion no está jamas exenta de peligro para la mujer, porque ésta no tiene á su servicio sino medios incompletos para dirigir y dominar á su montura. Por lo mismo, una mujer no puede estar segura de reducir á la obediencia á un caballo que se defiende con energía; así, pues, es locamente presuntuoso en ellas el querer alardear de habilidad montando un animal vicioso.

Los caballeros que acompañan señoras á caballo tienen, por consiguiente, el deber de examinar atentamente el animal que debe servir á aquéllas de montura, y vigilar con cuidado los menores detalles del arnés. Una cincha mal apretada, un bocado mal puesto, pueden acarrear los más graves accidentes.

Las señoras, por su parte, harán bien en no montar á caballo ántes de haber hecho examinar por persona competente, tanto los arreos, como el caballo mismo.

MARÍA DE S.

## CREENCIAS Y SUPERSTICIONES.

### LOS COMETAS.

**E**n nuevo y esplendoroso viajero celeste se ha presentado en esos insondables espacios donde se columpia el Sol, y la Luna arrastra su triunfal carroza de plata.

Tendida á los vientos la dorada flamante cabellera, atraviesa veoz los mundos del infinito, como vision fantástica que se dirige hácia el astro del día para rendirle homenaje y sepultarse despues en las misteriosas sinuosidades de la Naturaleza.

Es un nuevo cometa nunca visto, ó de cuyo paso por los cielos no guarda, al ménos, recuerdo alguno la humanidad.

Su viaje por las regiones interplanetarias debió comenzar hace siglos, muchos siglos; pero nadie sabe decir cuándo.

Á mediados de Marzo se le observó por primera vez: el 16 de Mayo, durante el eclipse de Sol, se le vió desde Egipto cerca de ese astro, que le atrae con una velocidad increíble.

Este nuevo cometa es un espectáculo grandioso para los profanos, un motivo de profundas meditaciones y trascendentales estudios para los hombres de ciencia, y un heraldo de terrores y consejas para el vulgo.

Porque el vulgo ha temido siempre á los cometas y temblado á su aparicion, considerándolos como mensajeros ciertos de calamidades y desventuras.

«Todo cometa anuncia peste, guerra ó hambre», ha dicho siempre el pueblo, y la leyenda ha venido en apoyo de esa afirmacion tradicional con el relato de pasmosos sucesos y de coincidencias singulares.

Las gentes indoctas ó sencillas repiten aún con ciega fe esa especie de terrible sentencia popular.

La supersticion y el fanatismo, esos dos feroces tiranos de la inteligencia, no han perdido todavía por completo su predominio sobre las muchedumbres.

La ciencia avanza majestuosamente y se iergue más radiante cada día sobre el escabel de la conciencia humana; pero sus efluvios no han sido aún bastante poderosos para disipar hasta el último átomo de la espesa niebla que tantos siglos habian acumulado sobre los ojos y sobre la atrofiada inteligencia de los hombres.

Nada ha concitado tantas supersticiones y terrores tantos como los cometas.

Su misma inesperada aparicion, sus raras formas y su efimera presencia en el horizonte han contribuido en gran manera á aumentar el terror y la preocupacion con que se les ha mirado generalmente en todos los tiempos y en los pueblos todos, concediéndoles, por consiguiente, una influencia directa, decisiva y funesta en los más grandes acontecimientos y en todas las calamidades públicas.

Su extraordinaria magnitud, lo desgredado y extraño de su figura, y su encendido color, han hecho que los asombrados ojos de los hombres vieran en ellos lo que en ellos no

ha existido jamas, y que se les tomase por una especie de monstruos sobrenaturales, encargados de sacudir sobre la humanidad el látigo de la cólera celeste.

Así es que en la antigüedad, y áun hasta en nuestros mismos tiempos, se ha creído ver en ellos fantasmas gigantescos de cien brazos, que esgrimian espadas de fuego, puñales tintos en sangre, lanzas y serpientes.

Se ha contado que algunos tenían larga barba desgredada, espantable melena, boca monstruosa y rostro de dragon ó de otros apocalípticos animales; que sus ojos despedían rayos, y que entre sus brazos llevaban cabezas cortadas y sangrientos despojos de figuras humanas, como refieren algunas viejas crónicas é historias y como ya dijo, en los comienzos de nuestra era, el historiador del pueblo hebreo, Flavio Josefo, al describir el espantoso cometa que apareció sobre la desventurada Jerusalem durante el terrible sitio que la pusieron los romanos y que concluyó con la destruccion y ruina de la ciudad deícida y la dispersion ó la muerte de sus miseros habitantes.

Otras veces la exaltada fantasia del pueblo creía ver en el cometa una horrorosa serpiente de cien anillos, que se retorcia sobre sí misma con inauditas convulsiones y lanzaba fuego por la boca, ó abría sus aterradoras fauces como si intentara devorar al mundo entero, ó ya semejava la silueta de esqueletos imponentes que se agitaban en una atmósfera de llamas inextinguibles.

Asombran, en una palabra, las aterradoras descripciones de ciertos cometas, que hasta nosotros han llegado por la leyenda ó por los relatos de las crónicas antiguas, en todos los que palpita el terror que los hombres experimentaban á la vista de esos fenómenos, para nosotros hoy puramente naturales y sin la menor relacion con los sucesos del planeta que habitamos.

Y de estas preocupaciones, no sólo eran victimas las gentes del vulgo, sino que las profesaban por igual las altas clases, los filósofos, los ministros de las religiones y el pueblo.

Con estos antecedentes, no es difícil formarse idea del concepto que de los cometas se habrá tenido durante muchos siglos, y explicarse las influencias que se les atribuían.

El mismo Keplero, el sabio naturalista, á cuya clarísima penetracion y á cuyos perseverantes estudios tantas conquistas debe la ciencia moderna, no pudo sustraerse enteramente, en pleno siglo XVII, á la general creencia de las influencias cometaryas, segun afirma el ilustre astrólogo frances Flammarion, refiriéndose á las doctrinas de aquél.

¡Terrible poder el que ejercen las supersticiones de abolengo secular, que así extienden sus funestas sombras sobre los hombres!

El diluvio mismo ha sido atribuido por algunos á la accion directa de un cometa terrible, que habria tenido tambien parte en todas las grandes transformaciones y fenómenos geológicos que ha experimentado nuestro globo desde la creacion: el encuentro del cuerpo celeste con la Tierra habria sido tan preciso, y el choque tan rudo, que se comovieron las llanuras y las montañas, y los mares saltaron de su asiento y lo inundaron todo. Es más: ese mismo cometa sería el instrumento destinado por la Omnipotencia para destruir el mundo, apareciendo de nuevo y empujando la Tierra hasta el Sol, de cuyo choque resultaria un incendio inmenso, que produciria un cataclismo general, en el cual desaparecerian los hombres, y tras ellos el planeta que les sirve de morada.

Esta idea, más ó ménos deseavuelta, debió estar bastante generalizada, puesto que en diversas ocasiones, á la presentacion de un cometa en el horizonte, cundió por todas partes la triste nueva del próximo fin del mundo, sembrando la angustia y el espanto entre las gentes, como sucedió, entre otros casos, en 1528, 1577 y 1680, hasta el punto de que muchas gentes supersticiosas y fanáticas, horrorizadas ante la perspectiva del próximo aniquilamiento de la humanidad, se apresuraron á arreglar los asuntos de su alma y legar los bienes terrenales á los monasterios y las iglesias, como si, caso de suceder, la Iglesia y las comunidades religiosas hubieran de sobrevivir á la universal catástrofe.

Afortunadamente, ya por entónces algunos sabios filósofos y naturalistas, como Hevelius y otros, buscando en las verdades científicas la razon de las cosas, habian comenzado á sacudir la amarga pesadumbre de las viejas preocupaciones y á sobreponerse á las necias supersticiones del vulgo de todas clases, sintiendo que el Sér Supremo ha dado al hombre la inteligencia, que es sople de su propia omnipotencia, y el libre albedrio, que es el complemento del majestuoso edificio de la dignidad humana, para algo más que para dejarse arrastrar por miedos ridículos y por preocupaciones depresoras, que hacen del hombre un esclavo más vil que el que arrastraba en lo antiguo la férrea cadena de la servidumbre señorial ó de la dura ley del vencedor.

El ilustre Newton, aquel profundo matemático y filósofo que hiciera inmortal su nombre al descubrir la ley de la gravedad de los cuerpos en fuerza de estudiar los fenómenos celestes pudo encontrar una senda por donde lanzarse á nuevas investigaciones y cálculos nuevos; y así alcanzó el señalado triunfo de fijar las leyes del movimiento natural y ordenado de los cometas, estableciendo en principio que debian moverse en órbitas perfectamente regulares, como los demas cuerpos celestes. La ley de la atracion universal le indujo á pensar, y comprobar, despues, que un cometa, que por aquel tiempo apareció, debía desenvolverse en una curva alargada, y tras repetidos é insistentes cálculos, pudo llegar á representar matemática y exactamente la marcha del astro, ántes tan pavoroso. El insigne Halley completó el descubrimiento de Newton con el estudio de nuevos cometas, que le afirmó en la creencia de la periodicidad de sus revoluciones.

Esta venturosa revelacion sentó las bases de todo un sistema científico, y fué el golpe de gracia para las viejas ideas y para las insensatas extravagancias del vulgo.

Desde entónces, y perfeccionados paso á paso los cálculos y las leyes fundamentales á que obedecen los cuerpos celestes, pudo ya anunciarse la reaparicion de los cometas que anteriormente, desde siglos, han visitado nuestros ho-

rizones, y marcarse desde luégo la marcha que habrán de seguir los nuevos que aparezcan al alcance de los habitantes de la Tierra.

La ciencia venció al error é hizo luz en las tinieblas, al ménos para los hombres de inteligencia cultivada y sano criterio.

Los griegos, aquel pueblo tan culto y tan civilizado, de cuyas grandezas y de cuyos esplendores ha llegado el rumor hasta nosotros como eco de una época gloriosa, no pudieron sustraerse á la supersticion universal, y las historias refieren que á la influencia de un cometa atribuyeron la pérdida de su grandeza los lacedemonios, á otros se hizo responsables de guerras sangrientas y asoladoras y del mal éxito de las batallas, y hasta fué para ellos un cometa quien lanzó las aguas del mar sobre algunas ciudades de la Acaya y las convirtió por ese medio en funebres ruinas.

Los griegos del Bajo Imperio perseveraron en las preocupaciones de sus antiguos ascendientes, y las extremaron todavía, como recuerdan las crónicas de principios del siglo V y las del tiempo de Andrónico y otros emperadores de Bizancio.

El pueblo romano temió tambien la influencia de los cometas, que sus augures presentaron más de una vez como siniestro presagio de funestos acontecimientos y obstáculo para las empresas de la República, si bien, en determinados casos, se creyó que ciertos cometas eran las almas de los héroes que se elevaban al cielo, dejando la tierra abandonada al capricho del destino; como sucedió á la muerte de Julio César, cuya alma creyó la supersticion popular que habia sido arrebatada por los dioses á la region de los astros y trasformada en un magnífico cometa de brillantes resplandores y lengua cabellera, que por entónces apareció para ignominia de los asesinos del invicto caudillo y temido dictador de Roma.

Otros cometas precedieron á la muerte de los emperadores Claudio y Vespasiano, confirmando esta coincidencia al pueblo en sus antiguas supersticiones, que ya le habian impulsado ántes á atribuir á la accion de uno de estos astros muchos de los crímenes y atrocidades perpetrados por Neron, á quien la voz pública acusaba de dejarse arrastrar por los pronósticos que de los cometas dedujeron los astrólogos que tenia á su servicio.

La Edad Media, esa época que ha cubierto con su feudal manto los más grandes idealismos y las más grandes aberraciones; esa edad del hierro y de la espada, cuyo credo era el canto de guerra, y la tabla de la ley una rodela ó un escudo; esos siglos que tantas fantásticas leyendas y tantas inconcebibles consejas nos han legado como recuerdo de su singular espíritu, no sólo conservaron las supersticiones de los pasados tiempos, sino que las imprimieron nuevo carácter y las hicieron más pavorosas, más depresivas, más imponentes.

El pueblo se empeñó en creer que los cometas anunciaban infaliblemente la muerte de reyes, príncipes y papas; y á la aparicion de cada cometa, la fantasia del vulgo se dió en seguida á discurrir quién podria ser el amenazado, produciéndose de esta manera una excitacion casi constante, que á veces dió origen á rebeliones y á crímenes sangrientos, llegando á poner pavor en el ánimo mismo de los grandes personajes, algunos de los cuales murieron efectivamente á raíz de esos fenómenos por consecuencia de la sola impresion que tan tristes presagios debian ejercer áun en los corazones más esforzados. Así le sucedió á Luis el Piadoso, de Francia, que habiendo visto un cometa en 837, cobró tal pavor, que fué difícil ya olvidarle ni por un momento. Preocupado por la idea de su próxima muerte, consultó á consejeros y obispos, que no hallaron otro medio más expedito de consolarle que aconsejarle orase mucho é hiciese penitencia y consagrase sus tesoros á edificar monasterios é iglesias: hizolo así, con verdadero fervor, el buen monarca; pero, como la preocupacion es enfermedad que difícilmente se cura, sucumbió tres años despues, victima de sus supersticiosos terrores.

Constantino el Grande, Atila, Meroveo, Chilperico y el mismo Carlo Magno murieron, segun la fatalista opinion del vulgo, á manos de los cometas que en 336, 453, 577, 584 y 814, respectivamente, tendieron su funeral cabellera por los horizontes de Europa.

Otros muchos soberanos, así españoles cuanto extranjeros, fueron del vulgo señalados como victimas propiciatorias de diversos cometas, que desde el siglo IX hasta fines del XIV pasearon su espléndida é irresistible majestad por los ámbitos del antiguo continente, sembrando por doquier el espanto y la desolacion.

Ni los Sumos Pontífices dejaron, en concepto del vulgo, de rendir tributo á la maléfica mirada de esos mensajeros de las celestes iras; y las crónicas de aquellos tiempos cuentan en el número de los sentenciados á forzada muerte, y que sucumbieron, á los papas Alejandro III, Inocencio IX y Urbano IV, entre otros varios.

El Duque de Milan, Juan Galeazo, que se hallaba enfermo á la sazón que apareció el cometa de 1402, sintió tal pavor á su vista, que falleció poco despues á consecuencia de la impresion que recibió, y recordando una tradicion de su familia, con arreglo á la cual los príncipes de la casa de los Visconti debian ser visitados por un cometa ocho días ántes de su muerte.

En tiempo del emperador y rey de España Carlos V, un cometa, que ántes habia aparecido ya varias veces, y que ha reaparecido en 1857, dió márgen á que las gentes, y los cortesanos especialmente, temieran por su vida, si bien el fatal pronóstico no se cumplió.

La corona de los reyes de Inglaterra lleva de muy antiguo un florón que representa la cola de un cometa, en memoria del observado en 1066, y que la popular leyenda refiere guió á los normandos en la invasion y conquista de la Gran Bretaña, que realizaron bajo el mando de Guillermo el Conquistador.

Pero no es extraño que al vulgo, y áun á aquellos guerreros cuya única ciencia consistia en hacer la guerra y exterminarse unos á otros, arrastrara á los extraviados de una fantasia, que la ignorancia y el fanatismo predisponian á todas las aberraciones, el terror de que una tradicion no

interrumpida circundaba á esos astros de triste memoria, cuando Roma misma, la Roma de los pontífices, autorizaba indirectamente las supersticiones del vulgo.

En efecto: ocupando la Sede apostólica Calixto III, poco despues de la toma de Constantinopla por los turcos, presentose en 1456 en los espacios un cometa extraordinario, tan grande como no se recordaba haberse visto jamas otro alguno. El astro aparecia como una inmensa mole en ignición, y su cola ocupaba en el cielo una extensa zona, que semejava una llama imponente, y que parecia columpiarse y ondular con airado concono en los espacios, pronta á lanzarse sobre la tierra y convertirla en pavesas.

El espanto cundió por toda la cristiandad, que creyó que los turcos venian tras el cometa como una avalancha irresistible, para convertir en pesebres de sus caballos las santas basílicas de Roma, como en Constantinopla lo habian hecho con Santa Sofia; entonces el Papa conjuró al cometa, y para implorar la proteccion del cielo contra el espantable monstruo y contra los turcos, mandó que en todas las iglesias del mundo se hicieran rogativas y se recitase á mediodia y á la caída de la tarde la oracion del *Angelus*, que al efecto instituyó, disponiendo, ademas, que para recordarlo á los fieles se tocasen á esa hora las campanas en los templos y monasterios todos del orbe católico; institucion que aun se conserva como una piadosa costumbre en ciudades y aldeas.

A mediados del siglo XVII hubo ya un principe de la Iglesia, el cardenal Mazzarino, bastante despreocupado para reirse de los cometas y burlarse de los que, al verle en el lecho del dolor, le anunciaban que un cometa asomaba en el horizonte para honrar la muerte de tan alto personaje, al paso que un rey de Portugal tomaba tan en serio el cometa que se columpiaba sobre sus Estados, que se subia á la terraza de su palacio para provocarle desde allí, amenazándole con su espada y apuntándole con una pistola para imponerle miedo y alejarle del hermoso cielo de Lusitania.

Podríamos aducir otros muchos datos históricos como prueba de lo arraigada que durante siglos ha estado en el mundo, y sobre todo en Europa, la supersticiosa creencia de que los cometas no sólo eran un astro, sino tambien un signo é influian resuelta y directamente en todos los grandes acontecimientos humanos; pero nos haríamos interminables, y ademas, el resto de vago terror que aun infunde en las clases populares un cometa en nuestros dias, es un testimonio harto elocuente de lo que habrá sucedido en otros siglos, cuando las ciencias fisico-naturales todavia no habian extendido por el mundo civilizado la vivisima luz de sus descubrimientos para purificar las inteligencias y arrancar á la humanidad de su letargo.

JUAN CERVERA BACHILLER.

## DOS ÁNGELES.

HISTORIA VULGAR,  
POR

DON EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Continuación.)

**H**ENRIQUE contó á su amigo lo que le sucedia, sin ocultar nada: le hizo presente el estado de horrible incertidumbre en que se hallaba; su vacilacion, sus sufrimientos, y concluyó pidiéndole un consejo en tan apurado trance.

—De modo—dijo Eugenio—que esa bellisima niña que acompañabas es tu antigua novia.

—Sí.

—¿Y has tenido valor para dejarla de ese modo?

—Mira, Eugenio, lo hecho ya no tiene remedio: bastante desgraciado soy por esa causa: no te pido sermones; lo que te pido es un consejo: tú estás sereno, y podrás, con la frialdad de la razon, decirme qué es lo que debo hacer.

—¿A cuál de las dos amas verdaderamente?

—A las dos.

—¡ Hombre! Entonces la solucion se hace un poco difícil. Y ¿cuál de las dos te ama más?

—Las dos.

Eugenio quedóse mirando fijamente á Enrique, y luego le preguntó:

—¿Me hablas con formalidad?

—¿Crees que está mi ánimo para bromas? Lo que voy á hacer es alejarme de Madrid, irme á cualquiera provincia ó á Ultramar, y así ninguna de ellas podrá censurarme que la he abandonado por la otra.

—Eso es, y en lugar de hacer desgraciada á una sola, lo serán las dos: veo que efectivamente has perdido la facultad del raciocinio: de seguro se te habrá ocurrido tambien suicidarte, ¿no es verdad?

—¡ Oh! ¡ Más de una vez!

—¡ No lo dije!

—Pero ¿qué quieres que haga?

—Cualquiera cosa, ménos lo que has pensado.

—Yo me voy á volver loco.

—No; lo estás ya, y esto tampoco te ha de servir de nada: oye, Enrique; yo no puedo darte consejo alguno, porque es asunto muy delicado. Vuelve en tí, piensa con calma, consulta bien tu corazón y tus aspiraciones, y una vez hecho esto, decidete por lo que creas más digno, por lo que creas más conforme con la conducta que debe seguir todo hombre de sentimientos levantados, como tú los tienes. Estoy seguro que nadie ha de aconsejarte mejor que tú mismo, cuando la razon haya vuelto á ocupar el lugar que ahora tienen la sobreexcitacion y la duda.

—Sí, eso es lo que debo hacer—dijo Enrique levantándose—y eso haré; vámonos, me ahogo aquí; necesito estar solo para seguir el consejo que me has dado.

—Pues te dejo, porque te veo más tranquilo.

—Sí; pero mañana te necesito; te espero á las ocho en mi casa.

—Estaré á esa hora. ¡ Cuidado con hacer una tontería!

—No tengas cuidado.

Y los dos amigos, despues de estrecharse afectuosamente las manos, se separaron.

Eugenio subió hácia la Puerta del Sol, y Enrique, siguiendo la calle Mayor, entró en la plaza de este nombre, pasó por la calle de Toledo, bajó la de Segovia, y al llegar al puente se detuvo.

La noche, aunque oscura, estaba apacible y serena, como noche de fines de Setiembre que era: nadie á aquella hora podia turbar la meditacion de Enrique, que sólo veia á su alrededor el silencio y la soledad.

Allí, ya parado en medio del puente, ya paseando con agitacion, pasó hasta las tres de la madrugada; á esta hora, como rendido por una improba tarea, se apoyó en el pretil y permaneció inmóvil; parecia que formaba parte de la masa de granito.

Cuando los primeros resplandores del dia aparecieron por el Oriente, se incorporó como si despertara de un profundo sueño; se pasó la mano por la frente, y con paso firme se dirigió hácia el centro de Madrid, murmurando como continuacion de una idea ya resuelta en su mente:

—¡ Sí! no hay más remedio; ése es el camino que debo seguir; si no me lo dicta por entero mi corazón, me lo manda á gritos mi conciencia.

### CAPÍTULO VII.

Una peticion inesperada.

Al amanecer, rendida Blanca por tantos pensamientos como habian batallado en su mente, se quedó dormida; pero su sueño fué de corta duracion y muy agitado. Cuando despertó, el sol entraba por la ventana y se oia el bullicio de la gente que transitaba por la calle.

—Debe ser tarde—murmuró, y quiso levantarse; pero al hacerlo sintió girar todo á su alrededor, y volvió á dejar caer pesadamente la cabeza sobre la almohada.

—¡ Dios mio! ¿qué es esto? ¡Yo estoy muy mala; arde mi frente, y al mismo tiempo siento frio!... ¡Y Enrique, que va á venir á las diez!

La pobre niña probó otra vez á levantarse, y otra vez volvió á caer sin fuerzas sobre el lecho.

Su débil naturaleza, combatida hácia tanto tiempo por hondos pesares, no pudo resistir la lucha de encontrados afectos que sostenian su corazón y su mente desde la noche anterior. La fiebre la abrasaba.

Anselmo, que sabia que su sobrina estaba acostumbrada á levantarse temprano, entró en la habitacion y la preguntó cariñosamente:

—¿Estás mala, hija mia?

—No me siento bien, tío; me duele la cabeza y creo que tengo calentura.

Alarmado Anselmo, se apoderó de una de las manos de Blanca, y notó que estaba fria como el mármol.

Apoyó la suya en la pura frente de la niña, y sintió que estaba ardiendo.

—Voy á llamar á un médico en seguida, hija mia; estás realmente mala—dijo Anselmo muy asustado.

—No; si no será nada.

—No importa; quiero que venga un médico.

Blanca no contestó, y Anselmo mandó inmediatamente á un criado de la fonda por un médico, sentándose luego á la cabecera del lecho de la enferma.

—¡ Bien hacías yo en no querer que vinieras á Madrid; aquí tienes los resultados! ¡Vaya por Dios! Esto era lo único que nos faltaba.

—No se apure V., tío; ya me siento mejor.

—Eso lo dices por no asustarme; ¿quieres algo? ¿tienes frio?

—Si hubiera otra manta....

—En mi cama hay; voy por ella.

El buen Anselmo voló á su cuarto, trajo la manta, y abrigó con solicitud paternal á su sobrina.

A poco llegó el médico, que era tambien un anciano de bondadosa fisonomia y cumplida barba, blanca como la nieve.

—A ver, doctor, cómo encuentra V. á esta niña—dijo Anselmo—que se nos ha querido poner mala....

—¿Desde cuándo está así?—preguntó el médico.

—Desde esta mañana; pero hace cerca de un año que no se encuentra buena del todo, siempre delicada, sin apetito y con frecuentes dolores de cabeza.

El médico se acercó al lecho de Blanca, la observó detenidamente, y despues de tomarla el pulso, dijo:

—¿Ha sufrido esta niña algunos grandes disgustos?

—¡ Oh, sí, señor!—contestó Anselmo—ya sabe V. que la vida está llena de ellos.

—Pues es preciso evitárselos á toda costa: su temperamento es excesivamente impresionable y nervioso, y cualquier pesar, cualquier disgusto, puede hacerla mucho daño; por lo demas, esto no es nada, y V. no debe tener aprension, niña.

—No tengo ninguna, doctor.

—Bueno; ¿ustedes no serán de Madrid?—prosiguió el médico dirigiéndose á Anselmo.

—No, señor—contestó éste;—somos de L....., un pueblo de la provincia de Ciudad Real.

—Entonces, cuanto antes se vuelvan ustedes á su pueblo, mejor; los puros aires del campo, á que esta niña está acostumbrada, la pondrán más pronto buena que todas las recetas que yo pueda darle.

—Pero esta enfermedad....—exclamó Anselmo.

—Esta enfermedad—le interrumpió el doctor—no es más que el clima de Madrid á las naturalezas débiles que á él no están habituadas: que salga poco de casa por las noches, y, en cambio, que vaya por las mañanas al Retiro los dias buenos, y que pasee por allí una ó dos horas.

Salió el médico, y al llegar á la puerta exterior, volvióse hácia Anselmo, que le acompañaba, y le dijo:

—Repito á V. que la mejor medicina es que salga de Madrid cuanto antes.

—Mañana mismo....

—No; mañana mismo no, porque no está en situacion de hacerlo; por el pronto, pondré una receta, que en ella misma explicaré cómo la ha de tomar, y como vendré á menudo, ya diré á V. qué dia ha de emprender el viaje.

Marchóse el médico despues de escrita la receta, y Anselmo volvió á entrar en la habitacion de Blanca.

En este momento daban las diez en el Ministerio de la Gobernacion.

Al oirlas, Blanca se incorporó á medias; un vivo rubor coloreó sus mejillas, y latió con violencia su corazón.

—¡ Las diez!—dijo con débil voz.

—No te agites, hija mia; cuando venga Enrique, yo le recibiré—repuso Anselmo, adivinando el pensamiento de Blanca.

—Pero no esté V. tan duro con él como estuvo anoche: ¡ pobre Enrique!

—Eso es, compadécele todavia.

—¿ Y V. cree que no es desgraciado?

—Si acaso, él solo tiene la culpa de su desgracia.

—¿ Dejará de serlo ménos por eso?

—Vamos, no se puede discutir contigo en estas cuestiones: eres demasiado buena.

—Lo mismo que todo el mundo, tío.

Pero el tiempo pasaba y nadie parecia; dieron las once, y Blanca, perdida la esperanza de ver á Enrique, habia cerrado los ojos y parecia sumida en un profundo sueño.

Así lo creyó Anselmo, y de puntillas, para no despertarla, salió de la habitacion con objeto de preparar la medicina que tenia que dar á Blanca á una hora determinada.

Entonces sintió llamar á la puerta. Fué á abrir, pensando que sería Enrique, y se encontró con un caballero que le era completamente desconocido.

—¿ El Sr. D. Anselmo Gonzalez?—preguntó.

—Servidor de usted.

—Si no le sirve de molestia, tendria mucho gusto en hablarle sobre un asunto bastante importante.

—Pase V.; pero le advierto que está enferma mi sobrina, y es corto el tiempo de que puedo disponer.

—De ella justamente venia á hablar á V.

—Tome V. asiento.

Se sentaron ambos, y aquel caballero, que ya nuestros lectores habrán adivinado quién era, volvió á tomar la palabra, diciendo:

—Yo me llamo D. Pedro de Vargas....

—¡ Ah! V. es....—le interrumpió Anselmo.

—Sí; soy el protector de D. Enrique Lopez, debido á lo que va V. á oír.

Y aqui D. Pedro contó á Anselmo la historia de su conocimiento con Enrique, y la amistad y apoyo que desde entonces le habia dispensado; pero sin hablar una palabra de los amores de Enrique con Mercedes, y mucho ménos del casamiento que estaba proyectado.

Anselmo escuchaba sin perder una frase, y cuando concluyó D. Pedro, no pudo ménos de exclamar:

—¡ Ah! lo comprendo todo.

—Ahora—prosiguió D. Pedro—que ya sabe V. lo que ha habido entre D. Enrique Lopez y yo, quisiera merecerle un favor.

—Hable V.; que si está en mi mano....—dijo Anselmo con desconfianza.

—Sí; yo miro á Enrique como á un hijo, y me intereso en el alma por su felicidad; así es que desearia conocer la historia de su niñez, y al mismo tiempo la de sus amores con la sobrina de V.

—¿ Cómo! ¿ V. sabe....

—Sí, lo sé todo; pero no en detalles, y éstos son los que quiero. Anselmo no adivinaba dónde iria á parar D. Pedro; pero, comprendiendo que de su relato no podia resultar ningun mal á Blanca, y dominado ademas por la respetable fisonomia del padre de Mercedes, no vaciló un momento y habló de esta manera:

—Enrique ha nacido en nuestro mismo pueblo; es hijo de un honrado labrador, que contaba con escasos bienes, pero suficientes para sostener su familia con decencia.

EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Se continuará.)

## CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

Los viernes en el salon de Bellas Artes y en el Hipódromo.—Nuevos sombreros y confecciones.—Abanicos-retratos.—Un concierto de beneficencia y el retrato de una gran dama.—Últimas soirées de la estacion.—La Princesa de Troubetzkoi, Mme. de Bloqueville, y la Condesa de Lévis-Mitrepou.—Franqueza de un doctor americano.—Definicion.

**L**viernes es resueltamente el dia *chic* por excelencia. Los musulmanes lo convierten en domingo, y la *high-life* parisiense sigue el ejemplo de los musulmanes. En el Salon de pinturas, en el Hipódromo ó en la Opera, no es posible presentarse decentemente si no es en ese dia. Se pagan cinco francos, en vez de uno, por entrar en el Salon; pero se ve defilar, en cambio, el cortejo primaveral de los más preciosos trajes, cuadro vivo, que merece, en verdad, su parte de admiracion.

En otro artículo comunicaré á mis lectoras mis impresiones sobre las obras que más me han llamado la atencion en el Salon ó Exposicion de Bellas Artes de los Campos Eliseos.

Entre las atracciones del viernes en el Hipódromo, figuran en primer término Elisa y Leona Dare y las carreras á pié: todo lo cual reunido atrae un numeroso concurso. Es muy digno de verse aquel circo inmenso, donde se agitan millares de abanicos, que nos recuerdan las plazas de toros españolas. Obsérvanse allí, como en el Salon, preciosísimas *toilettes* y sombreros de la última *galanteria*, como diria un escritor del siglo pasado.

La forma Directorio está en gran boga; un poco original á primera vista, rodea deliciosamente el rostro, lo mismo de una dama grave que de una graciosa beldad. La más linda creacion que hemos admirado en este género se titula el *Ricoboni*, nombre ilustrado á fines del siglo XVIII por una joven novelista, que escribió *Adela de Sémangs*. El alero arqueado de este sombrero, de copa elevada, se abre ligeramente en los lados, formando una caprichosa escotadu-

ra. Se le hace de paja verde, por ejemplo, con vivos de oro y forro de terciopelo verde, y corona de alielles rodeando la copa, ó bien de paja blanca, forrada de terciopelo negro, con ramo de margaritas. Los he visto, también preciosos, enteramente negros, adornados de plumas negras.

El *pequeño Corday*, capota floja de fular, se lleva mucho para trajes de diario, igualándola en color al vestido. Unas cascadas de encaje avanzan formando aureola sobre los cabellos, mientras que una brida de terciopelo va á anudarse sobre el ala. Suele hacerse también esta capota, que sienta admirablemente, de *surah* marfil, azufre, avellana ó maíz de Egipto.

Las capotas son invariablemente pequeñas, y se hacen de encajes de paja sobre fondo de color, adornadas con un ramo de flores, ó de cuentas guarnecidas de flecos de musgo y flores pequeñas, como un *parterre* primaveral.

La *capa conspirador*, de encaje español de colores varios, sigue siendo el *non plus ultra* de la elegancia. Un rizado grueso de encaje separa en la cintura este largo abrigo, que forma, al parecer, manteleta y falda, al mismo tiempo que ciñe el cuerpo, que permite admirar bajo sus pliegues. Se le hace, en general, de tela color *crudo*, *avellana*, *gris lava* ó *flor de azufre*, y se le forra de raso del mismo color. El color *crudo* puede forrarse de rosa ó azul, pero en tal caso constituye una prenda más elegante.

Las faldas de *surah* de la India, con flores grandes, se hacen, más que nunca, adornadas de rizados lisos del color de las flores: un chaleco á la suiza, corselillo puntiagudo, en el cual van hechos los fruncidos del cuerpo, se corta también de tela lisa.

En este género he visto un precioso traje, fondo masilla, salpicado de pensamientos de tamaño mayor que el natural: un rizado color de pensamiento rodeaba el borde de la falda, compuesta de tres volantes y sin *pouf*; un lazo de moaré lo reemplazaba ventajosamente. Corselillo suizo, de *surah* color de pensamiento; del cual salía el corpiño igual á la falda.

Para paseos campestres, el vestido de lienzo *iluminado*, con figuras infantiles, y los sombreros-capelinas inmensos, de paja gruesa y adornados de lazos no ménos gigantescos, del color de la paja, constituyen el traje de rigor. Nuestro siglo, como nuestras modas, se inclina á la exageración.

El abanico, arma y amparo de la mujer en la estación en que entramos, acaba de hacer su aparición anual. Las elegantes han guardado en su estuche el famoso abanico Luis XV, que vale quinientos duros, y algunos más aún, y enarbolan el modesto abanico de fular, cortado de un pedazo del vestido, ó el abanico con emblemas, flores ó pájaros simpáticos, con divisa, ó bien (y esto es enteramente nuevo) el abanico-retrato. En una esquina del fondo, que es de moaré, aparece, rodeada de flores, una fotografía ó una acuarela, que recuerda una persona querida. Como el broche-retrato y el medallón habían desaparecido tiempo há, se ha tenido la buena idea de colocar en los abanicos los retratos, harto abandonados hasta ahora en el fondo de los álbums. La invención es acertada y oportuna.

Un concierto de beneficencia tendrá lugar dentro de pocos días en la sala Erard. La Princesa de Metternich, que se halla al frente de esta obra benéfica, mandará repartir á la puerta del concierto unos abanicos revestidos de su firma y de su retrato. Las personas que ocupen los asientos principales los recibirán gratuitamente; las demás, mediante la cantidad de cinco francos. Es de esperar que esta ingeniosa idea, iniciada por una dama que goza de tantas simpatías en la alta sociedad parisiense, llevará numeroso público á esta fiesta, á la que Mmes. Kraus, Carvalho, Judit y Reichemberg, y MM. Maurel, Coquelin, y algún otro artista no ménos notable, han ofrecido su concurso. La Mariscal de Mac-Mahon patrocina también esta obra de beneficencia.

Las *soirées* del gran mundo tocan á su término. Después del baile brillantísimo de la Duquesa de Pomar y de la *soirée* musical de la Marquesa de Saint-Paul, un notable concierto tuvo lugar la semana pasada en casa de la Condesa de Jonage: Kónski, el rey de los pianistas; de Uroye, el flautista prodigioso, y Waldech, que cantó admirablemente, tomaron parte en esta *soirée* musical. Asistían á ella la Marquesa de Héricourt, la Condesa Palermo, la Baronesa de Breda, la Condesa de Pontbellanger, la Condesa de Ivrey, la Condesa Rognet, la Marquesa de Chamboreau, la Condesa de Santa María, y gran número de notabilidades artísticas y literarias.

El martes pasado hubo *soirée* íntima en casa de la Princesa Troubetzkoï. La conversación hace los gastos de estas reuniones encantadoras, en que la Princesa, mujer superior en toda la extensión de la palabra, agrupa en torno suyo la flor del talento y de la belleza. No es posible imaginar cuán rápido pasa el tiempo hablando, y cómo la música, el canto y la danza son á veces inútiles para distraernos.

La Princesa Troubetzkoï llevaba un traje negro, sencillo y de buen gusto, y su hija, la princesa Alejandra, un vestido de crespón color de rosa pálido, que le sentaba á las mil maravillas.

Fué muy notado un soberbio traje Enrique II, que llevaba la Vizcondesa de Janzé, cuyo vestido, de un estilo severo y suntuoso, tenía un delantal de raso blanco, cubierto de bordados en que el azabache y el raso se mezclaban á la felpilla negra. La cola era de brocado fondo blanco, casi cubierta de un bordado en relieve, que imitaba, con admirable exactitud, unas plumas negras de avestruz. Es impo-

sible imaginar, por la simple descripción, el efecto verdaderamente maravilloso de esta *toilette*.

La Condesa de Caithness llevaba un vestido de raso negro, cubierto de encajes y realzado por espléndidos joyeles; entre otros, una corona de diamantes y un collar de perlas verdaderamente regios.

Otra *soirée* tuvo lugar asimismo la semana pasada en casa de Mme. de Bloqueville. Se representó una comedia escrita por la dueña de la casa, y titulada: *No es oro todo lo que reluce*. Gran triunfo para la autora y los intérpretes de la obra, que los alentará, sin duda, á recoger nuevos laureos.

El salón, dividido en dos partes por una guirnalda de hiedra y de madreselvas, que caían de la araña, estaba atestado de mujeres hermosas. Para no cometer injusticia, citaré al acaso la Condesa de Folhe, con delicioso traje primaveral, de crespón color de rosa, coral y encajes blancos; la Vizcondesa de Janzé, con su traje de terciopelo negro labrado de blanco; la Condesa de Kerveguen, y la bella madame Hutchisson, que vestían de terciopelo negro, muy ceñido.

La comedia de Mme. de Bloqueville fué precedida de un monólogo del Baron Le Doux. En suma, fiesta literaria de las más completas.

Terminaremos la nomenclatura de las *soirées* con un delicioso baile infantil dado por la Condesa de Lévis Mirepoix. ¡Qué interesante golpe de vista ofrecían aquellos niños y niñas, disfrazados de pajes, de floristas, de marqueses, de locuras, y que bailaban con un brio admirable las danzas imitadas de los siglos XVII y XVIII.

Me placen los americanos, por la franqueza. En el mundo descubierto por Colon, la odiosa hipocresía no se ha introducido aún, y ni el charlatanismo se toma el trabajo de disfrazarse. Véase, si no, el siguiente anuncio, que publica el *New-York Herald*:

«El doctor Babcock necesita, para representar el enfermo curado en su antecala, un hombre de apariencia robusta y maneras distinguidas.»

Tomado de un álbum:  
REHABILITACION. — Zurcido disimulado hecho en la honra.

Paris, 1.º de Junio de 1882.

XX.

#### EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.686.º.

(Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.ª, 2.ª y 3.ª edición.)

*Traje para niños de 3 á 5 años.* Vestido de *surah* encarnado, fruncido por delante con un tableado ancho en el borde inferior. La espalda es recta, en forma de paletó. Cuello grande de cañamazo. Sombrero marino de paja ribeteada de terciopelo.

*Traje de campo y château.* Vestido gris de raso, velo y terciopelo. Falda de velo, redonda, con pliegues echados. Banda de raso, formando siete pliegues hacia arriba. Corpiño de terciopelo (ó de raso) abierto en forma de corazon, con un fichú grande de encaje pintado ó bordado de color. Mangas semi-largas con carteras de encaje. Guantes de Suecia largos. Sombrero de pastora, hecho de paja de Italia y guarnecido de flores.

*Traje de paseo.* Vestido color crema y Pompadour. Falda redonda de fular Pompadour, con pliegues echados. Por detras, volantes plegados. Túnica y *pantiers* de cachemir crema, guarnecidos de encaje. Corpiño de la misma tela, terminado en punta y fruncido en la espalda y en la cintura. Mangas semi-largas, con carteras y volante de encaje. Sombrilla de color de rosa.

#### PEQUEÑA GACETA PARISIENSE.

Se nos tacha de hablar con frecuencia de cosas que atañen á las personas mayores, y de olvidar á las niñas, que también necesitan de nuestros consejos y de nuestra solicitud. Para subsanarlo, indicaremos hoy á sus mamás un excelente corsé, cual es el *corsé-sosten*, que la casa P. DE PLUMENT (33, rue Vivienne, Paris) fabrica para las niñas.

Á la edad en que éstas están creciendo, en que pasan gran parte de su tiempo inclinadas sobre sus pupitres en los colegios, cuando sus cuerpos, débiles y flexibles, pueden fácilmente deformarse por un mal entendido descuido, es de la más alta importancia emplear todos los medios posibles para impedirlo, sin esfuerzo ni molestia para ellas.

La casa P. DE PLUMENT ha estudiado esta cuestión con la más viva solicitud, y podemos afirmar que su *corsé-sosten* es una creación inapreciable para las madres de familia.

Se puede pedir á M. DE PLUMENT su *boletín-guía*, donde están dibujados todos sus modelos, á fin de formarse idea de las cualidades del *corsé-sosten*.

MADAME LACHAPPELLE, profesora en partos, recibe todos los días de tres á cinco en la calle de Mont-Thabor, 27, Paris, á las señoras enfermas, estériles ó encinta, que deseen consultarla.

PARIS. Corsets pour les modes actuelles. — M<sup>mes</sup> de Vertus sceurs, 12, rue Auber. — Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

Exposicion Universal de 1878: Medalla de Oro, Cruz de la Legion de Honor. El AGUA DIVINA de E. COUDRAY, perfumista en Paris, 13, rue d'Enghien, es el producto por excelencia para conservar la juventud. También es el mejor preservativo de la peste y del cólera morbo. (Véase el anuncio en la cubierta.)

#### SOLUCION AL GEROGLÍFICO

DEL NÚM. 18.

¿Quién siembra flores de amor en el surco de la muerte!

La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª María Nuñez Muñoz.—La señora Baronesa de Pamís.—D.ª Elodia Arenas y Rodríguez.—D.ª Carmen Honiáon.—D.ª Asuncion Gonzalez Santalla.—D.ª Elvira Alvarez.—Doña Clotilde Montero de Espinosa.—D.ª Consuelo Izquierdo.—D.ª Carolina de Himalaya.—D.ª Concepcion de Aguirre.—D.ª Teresa Muñoz.—D.ª Paz de la Fuente.—D.ª Pura Rodriguez.—D.ª Socorro Terciado.—D.ª Adelaida Contreras.—D.ª Virginia Ulloa.—D.ª Amparo Montañés.—D.ª Eloisa Ladrón de Guevara.—D.ª Matilde Bustamante.—D.ª Serafina Mendóza.—D.ª Balbina Tenorio.—D.ª Elisa Valverde.—D.ª Manuela Escobar.—D.ª Herminia del Pinar.—D.ª Felisa Gutierrez.—D.ª Joaquina Hiestrosa.—D.ª Angela Riortimo.—D.ª Consuelo Penas.—D.ª Estefanía Villalon.—D.ª Mercedes Osorio de García.—D.ª Juana Volpinet.—D.ª Luisa Suarez.—D.ª Aquilina Porsel y Unquera.—D.ª Leonor de la Almena.—D.ª Blanca Ochando.—D.ª Lucinda Tasajo.—D.ª Dolores Castillo.

#### ADVERTENCIA.

La deplorable facilidad con que muchas personas se prestan á entregar el importe de sus suscripciones al primero que se les presenta, atribuyéndose el carácter de representantes de esta Empresa, nos pone en el deber de recordar al público, á fin de que no se deje sorprender en su buena fe: 1.º, que esta Administracion no responde más que de aquellas suscripciones que se hayan formalizado y satisfecho en sus oficinas; y 2.º, que, contándose por centenares los libreros, impresores y establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes de España y el extranjero reciben suscripciones á los periódicos de esta Empresa, correspondiendo decorosamente á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario, porque cada cual en su respectiva localidad debe conocer los antecedentes de la persona de quien se sirve como intermediario, y asesorarse de la responsabilidad que puede ofrecerles en garantía del dinero que le entregan.

Deseamos que esta advertencia sirva de saludable aviso al público, para que no se abuse de su confianza, como tenemos el disgusto de consignar que lo han hecho, con los suscritores que les habian dado crédito, los Sres. D. José Martínez, del Ferrol; D. Francisco Montero, de Rioseco, y D. Manuel Arce, de la Rambla.

EL ADMINISTRADOR.

#### GEROGLÍFICO.



LA SOLUCION EN UNO DE LOS PRÓXIMOS NÚMEROS.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de Paris, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.ª (16, rue Suger, Paris).



Paris chez Brochard & Co. Imp. de la Presse No. 12. P. S. D. B.

Nº 1686 P

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas 12 pral

M A D R I D

*Perfumoria de lujo, Guertain, 15, r. de la Paix, Paris.*

*Cintura Regente B<sup>te</sup> e Corsé Anne d'Autriche de M<sup>mes</sup> de Vertus, 12, r. Aubert, Paris.*